

José CHECA BELTRÁN (ed.), *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2012.

España fue más frecuentada por las opiniones de los ilustrados europeos que por sus viajes. A lo largo de la centuria que Sarmiento calificó como «el siglo de hacer caminos», es decir, no solo de construirlos sino de trasegarlos, nuestro país siguió excluido del *grand tour* de una inteligencia occidental abierta como nunca al viaje científico y filosófico. Esto, sin embargo, no fue obstáculo para que España continuara instalada en un lugar preferente de los prejuicios y errores comunes de la leyenda negra. Así, desde los estudios fundacionales de Julián Juderías, en *La leyenda negra y la verdad histórica* (1914), hasta los más recientes de Ricardo García Cárcel (*La leyenda negra. Historia y opinión*, 1992) o Joseph Pérez (*La leyenda negra*, 2009), la percepción europea de España durante el siglo XVIII se ha analizado como un episodio consecuente de la vieja leyenda negra, sin que la alianza característicamente ilustrada entre razón y experiencia bastara para que los intelectuales extranjeros transitaran el terreno empírico de sus opiniones acerca de España.

Los principales nombres del pensamiento dieciochesco europeo contribuyeron a la imagen bárbara o esencialmente periférica de una nación responsable de su propio atraso, material como moral; una infamia que habría de extenderse como un mal de conquistadores a los territorios españoles ultramarinos, su naturaleza y gente, nativos o criollos, como han estudiado Edmundo O’Gorman o Antonello Gerbi a propósito de la que denominaron «calumnia de América» o «disputa del Nuevo Mundo».

Un incentivo importante para el desarrollo de esa disputa dieciochesca y la eclosión de las apologías españolas fue la publicación del artículo «Espagne», de Nicolas Masson de Morvilliers, como entrada de la *Encyclopédie méthodique* (1782) editada por Panckoucke, y su célebre pregunta retórica: «¿Qué se debe a España?» (*Que doit-on à l’Espagne?*). Si bien el texto no dejaba de representar cierto ambiente intelectual en Francia, Checa Beltrán no duda en sostener que su «maledicencia» se trató de «un caso extremo en el ámbito “filosófico” (pág. 9)», habida cuenta de que en las opiniones de los grandes nombres del siglo francés España nunca tuvo gran protagonismo, si pensamos que Diderot y Rousseau nunca hablaron de ella; ni en los juicios de Montesquieu o Voltaire llegamos a encontrar idéntico grado de virulencia. Pero aún más y sobre todo, si

se observa el número y heterogeneidad de los testimonios dispuestos a valorar el «genio» histórico de España.

Lecturas del legado español en la Europa ilustrada, volumen coordinado por José Checa Beltrán como resultado del proyecto interuniversitario dirigido desde 2009 por el propio investigador del CSIC, contribuye a normalizar la visión española en el siglo de las Luces europeo mediante una tesis fundamental, recogida en distinta medida por los colaboradores de la miscelánea: que no todo el pensamiento europeo de la época fue contrario a España ni renunció a observar sus méritos históricos; algo ya asumido en la tradición historiográfica pero que este volumen completa ahora con la precisión de que ni mucho menos todos quienes replicaron con una leyenda áurea o simplemente aquilataron con verdadero espíritu crítico el carácter y la realidad de España eran tradicionalistas reaccionarios o antiiluministas. Descubrir la diversidad de esa corriente de opinión es, pues, la tesis implícita y la aportación más novedosa de este volumen.

Así sucede en el artículo del propio coordinador del volumen, «Lecturas sobre la cultura española en el siglo XVIII francés», donde, desde la triple variable analítica de canon, nacionalismo e ideología, Checa Beltrán rescata testimonios proespañoles de la época, opuestos a los tópicos «filosóficos» que tomaban España poco menos que como pretexto para una distopía absolutista y católica. Sin negar que la imagen europea habitual de España era negativa, la precisión lleva a pensar más bien en un inconsciente colectivo subsidiario de una imagen heredada de siglos anteriores, en que España ostentaba la hegemonía imperial, mientras que, con propiedad, en el siglo XVIII debería hablarse no de una inquina como del desconocimiento o el desinterés europeo por una cultura española que ya no dispone de sus viejos centros editores en Flandes, Milán o Nápoles (pág. 113). Asimismo, al evaluar a los autores franceses ecuanímenes en su valoración de España, debería advertirse su mayoritaria independencia del reaccionarismo con que se ha tendido a identificarlos (por ejemplo, los jesuitas de las *Mémoires de Trévoux*), para ligarlos en su lugar al reformismo ilustrado, casos destacados de Elie Fréron, Nicolas Bricaire de la Dixmerie o J. Fr. Bourgoing, y los periódicos que algunos dirigieron: *Journal Étranger*, *L'Année Littéraire* y *L'Espagne Littéraire*.

Una tesis análoga sostiene Jesús Pérez-Magallón en su ensayo, «Apologías, identidad nacional y el desplazamiento de España a la periferia de la Europa “moderna”», al descartar la circunscripción a la leyenda negra de la imagen de España en el dieciocho europeo. No todo en el siglo respondía a ella, avisa, al tiempo que, siguiendo a François Lopez, aclara que si entre los siglos XV y XVI la imputación a España estribaba en la barbarie, para fines del XVII y XVIII, una vez perdida España la posición hegemónica, la ignorancia será la acusación reite-

rada; algo que transformaba la cuestión en una querrela de antiguos y modernos. Por último, estudia a los apologistas españoles que reaccionan a los clichés de la mirada foránea como al propio conformismo, para proponer modelos de identidad nacional basados en la autoestima desde la reforma: Juan Pablo Forner, Antonio José Cavanilles o José de Vargas Ponce.

El trabajo de Manuel Garrido Palazón prosigue en las coordenadas generales de la cuestión, al tiempo que se aplica ya en la casuística de la polémica italofrancesa del primer siglo XVIII por el gusto español. Estudia, así, las correspondencias entre la hegemonía política y la cultural, para observar que si el canon artístico-literario del siglo XVI correspondió a Italia y el del XVII a España, el del siglo XVIII obedece a la galicanización del gusto inducida por el racionalismo clasicista de la Francia de Luis XIV. Esto tomaría el sentido de una estrategia propagandística, en la que, por oposición, el alambicamiento, la oscuridad y otros vicios formales serían propios de españoles e italianos; vicios más que literarios, incluso morales. Desde aquí estudia la disputa inicial entre el jesuita francés Dominique Bouhours y el también jesuita Camillo Ettorri, maestro italiano de la academia boloñesa de la Arcadia, dispuesto a moderar su posición frente al barroco clasicista. Mucho más polémica habría de ser su secuela en la polémica entre Bouhours y Gian Gioseffo Orsi, discípulo de Ettorri, entre 1703 y 1735.

La profesora Françoise Étienvre analiza con gran detalle la visión de España en la obra de Montesquieu y Voltaire. Prejuicioso, categórico y maniqueo en contra de la España contemporánea o la histórica, el primero; y, a pesar de no haber viajado tampoco al país, más informado y discreto, el autor del *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1756).

Un volumen como este no podía prescindir de la aportación de Maurizio Fabbri, autoridad de los estudios dieciochistas hispano-italianos, que contribuye con su trabajo «No solo polémicas. La difusión de la cultura española en la Italia de la Ilustración». En el curso de la polémica antiespañola suscitada por la publicación de las historias de la literatura y el arte de Tiraboschi y Bettinelli en la Italia del último tercio del siglo XVIII, obras que reavivaron la cuestión de la responsabilidad ibérica en el mal gusto barroco, Fabbri estudia a los apologistas proespañoles en Italia; sobre todo jesuitas expulsos, de los que entresaca a Javier Llampillas, Juan Francisco Masdeu y Juan Andrés, además del traductor véneto Giambattista Conti, empeñados en la defensa del honor histórico y cultural de España.

En la misma línea, el estudio de Patrizia Garelli estudia la producción teatral de los jesuitas expulsos en Italia, al tiempo que el capítulo de Guilia Cantarutti y Silvia Ruzzenenti, «*Il Magazin* (1780-1782) spagnolo di Friedrich

Justin Bertuch e il suo contesto», recupera la figura del hispanista alemán y su *Magazin der Spanischen und Portugiesischen Literatur*, así como su faceta de cervantista y valedor de la cultura española en Alemania.

El trabajo de Oana Andreia Sâmbrian, «Libros, historias y bibliotecas. La cultura española y la Rumanía ilustrada», estudia un campo de singular curiosidad, que sin duda aún debe deparar muchas novedades. Toma la doble perspectiva geográfica de la presencia de obras y traducciones españolas en las bibliotecas rumanas del siglo XVIII y la elaboración del primer lexicón rumano, a cargo de Lorenzo Hervás y Panduro, en su *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* (1802).

Completa la miscelánea el exhaustivo estudio de Miguel Ángel Lama, dedicado a la presencia de la poesía española en las antologías europeas de la época (1768-1802), que revela el canon poético de grandes autores que se difundía para demostración de los valores literarios de España, con resultados tan sorprendentes como la constante presencia, junto a Garcilaso, de Francisco de Figueroa. Y el de Fernando García Lara, sobre el valor documental de los elementos paraliterarios en la representación foránea de España en este siglo, como pudieron ser las cartas, públicas o privadas, entre las que cita las del abate Juan Andrés o Cadalso, sobre el modelo de Montesquieu; o las relaciones de viajeros, como el *Viaje de Fíguro a España* (1786), del marqués de Langle, incluidos otros más o menos desconocidos, a veces impostores literarios o falsos viajeros; o las memorias, como las de Saint-Simon o las recientemente recuperadas *Memorias sobre la guerra de los franceses en España*, de Albert-Jean-Michel Rocca. Sin duda no es exhaustivo su catálogo, que aspira más bien a la caracterización tipológica.

Deben separarse del conjunto algunos textos que, sin desdecir su carácter de contribuciones notables, son sintomáticos de los dos defectos acaso más señalables del conjunto: el primero es el artículo de las profesoras Cantarutti y Ruzzenenti, que se presenta sin traducir del italiano, pese a que, para desconcierto del lector, sí traduce sin embargo al italiano citas del alemán incluidas en su texto. En esto, como en el criterio editorial de no traducir nunca las citas de otras lenguas, el libro exige demasiado a los lectores; esto es, saber al menos español, francés, italiano, inglés y alemán, no pocas veces en sus formas dieciochescas. Un modo de no traicionar el europeísmo vocacional del libro quizá habría sido simultanear los originales con sus traducciones a pie de página.

En cuanto al ensayo de Esther Martínez Luna que cierra el volumen, «La cultura literaria española en el primer cotidiano novohispano: el *Diario de México*», no termina de demostrar su pertinencia en el conjunto, a pesar de sus indiscutibles valores. Más si cabe porque, tratándose de un tema americano,

podría haber aplicado el enfoque de las percepciones europeas de la América española, en vez de lo cual estudia la percepción de la España peninsular desde la americana. En su caso, la clave plausible quizá hubiera sido la de Silvio Zavala en *América en el espíritu francés del siglo XVIII* (1949), libro por cierto ausente de la bibliografía general de este volumen y que habría ayudado a su tesis básica, pues se dedica a rastrear las excepciones a la «calumnia» ilustrada sobre América, aunque sea para verificar la comparativa poca importancia de las firmas de los apologistas franceses del Nuevo Mundo español. Quizá este último capítulo refuerza la impresión general de cierto desequilibrio geográfico, a favor de Francia e Italia y en detrimento del Reino Unido, Irlanda o Portugal, sobre otros.

Este es, en definitiva, un libro valioso como noticia y estudio de los testimonios más conocidos del menosprecio a España en la Europa dieciochesca, pero también para corregir los apriorismos más errados que a propósito tenemos los propios españoles, derivados de nuestra ignorancia de los testimonios menos desfavorables o abiertamente elogiosos. No es menor, por eso, el mérito de este volumen de convencernos de lo prejuicioso de nuestras percepciones sobre la inquina europea; un error común de vuelta, como en 1803 escribía Quintana: «la ignorancia y la inconsideración con que por lo general hablan los franceses de nuestras cosas son males incurables en ellos». Faltaban libros como este para mostrarnos el mapa completo o al menos complejo de la mentalidad ilustrada europea sobre España.

EDUARDO SAN JOSÉ VÁZQUEZ
Universidad de Oviedo